

en animar à que siguiesen, i tambien menear las manos, i ià todo era pasar sobre cuerpos muertos, i oír dolorosas voces; pero aumentandose los Enemigos, i creciendo su furia, grito, i rabia, viendo que ià no se podia mas hacer, i que era el vltimo remedio la muerte, i no habiendo paso en aquel ojo, sino el de el Agua, adonde era cierto el peligro de ser ahogado, ò muerto, ò preso de los que andaban, en las Canoas, que eran infinitos, arriandose en su Lança, saltò de la otra parte del Agua, con gran admiracion de los que lo vieron, así Castellanos, como Indios: i con su exemplo probaron muchos, pero ninguno alcanzò. Algunos se ahogaron, otros salieron del Agua con dificultad. Llamaronle desde entonces, *Alvarado del Salto*; i al paso, *el Salto de Alvarado*, porque era tan ancha el Acequia, ò Arroio, que admirò siempre à quantos lo vian, i espanta à todos los que oi dia lo ven. Era Natural de Badajòz, Hijo del Comendador de Lobòn.

El Salto de Pedro de Alvarado.

*CAP. XII. Que Cortès prosigue su retirada la buelta de Tlascala, cargando siempre los Mexicanos.*



Quedan muertos 150 Castellanos. 140 presos.

Quanto pecunia dices. Et voluptatibus opulenti, tanto magis imbelles. Tac.

ON este trabajo fallieron los Castellanos à la Tierra firme, quedando muertos ciento i cinquenta Soldados, con quarenta presos, que fueron sacrificados, i ciento, que se bolvieron à la Torre del Templo, adonde se hicieron fuertes tres Dias, i por la hambre se dieron, i murieron la misma muerte. Perdiòse todo el Bagage, el Artilleria, i quanto tenian. Los que menos Oro tomaron, i mas ligeros iban, pelearon mejor, i libraron mejor. Faltaron todos los Prisioneros, quarenta i seis Caballos, i quatro mil Indios Amigos. No pudo Cortès tener las lagrimas, por tan gran pérdida. Acordòse de lo mal que lo hiço en no visitar à Moteçuma, luego que llegó à Mexico, i no haverse salido quando pudo, sin peligro, i de haver repartido el Tesoro, que tanto daño hiço. Considerò la mudança de la fortuna, dolianle los Amigos muertos, verse con tan poca Gente, hui-

do, sin saber adonde, sin comida, ni socorro; pero encomendandose à Dios, recogió, i ordenò los que tenia, que serian quinientos Soldados, i veinte i seis Caballos. Preguntò por Martin Lopez, hallò que estaba allí, i holgò de ello, i tambien de que no se huviesen perdido Geronimo de Aguilar, ni Marina. Y porque cargaban los Indios, con buena orden se encaminaron à Tacuba: aqui se subió vn Castellano sobre vn Cereço, i se estuvo, hasta que viendo bolver los Indios, del alcance de Cortès, se metió en vnos Maigales, adonde hallò otro, i se fueron salvos à él: i dixo, que los que bolvian, le parecieron mas de docientos mil. Fue vno de los Soldados, que se salvaron en este trance, Juan Tirado, Hombre valiente: el qual, por memoria, hiço à su costa vna Hermita, en la vltima Puente, en reverencia de S. Acacio, que oi dia se llama de los Martires. Fueron peleando hasta Tacuba, siempre de noche, adonde no hicieron daño ninguno los Naturales à Cortès, de que se quexaron los Mexicanos, i siguiendo siempre à los Christianos: iba Cortès adelante, siguiendo la Retaguarda, por el hilo de los muertos. Llegò à vna quebrada, adonde se vieron en trabajo: bolvió Cortès à ver lo que pasaba, diò animo à todos su presencia, porque los Indios los fatigaban. Llevaba vn Castellano tres mil Pesos de Oro, i dixo: *Señor, que hará de esto, que no puedo andar?* Respondió Cortès: *Dad al Diablo el Oro, si os ha de costar la vida:* i hechòlo, i salvòse con los otros. Seria ià salido el Sol, quando tomaron vn pequeño Templo, con vna Torre en vn alto, siendo todo el Campo raso, à donde los Caballos alanceaban muchos Indios; i aqui se señaló mucho Gonçalo Dominguez, Hombre diestro, i valiente. Desde lo alto de la Torre todavia se ofendia à los Indios, de manera, que no llegaban tan atrevidamente. Detuvòse Cortès, esperando si acudian los Castellanos, que havian quedado en los Maigales: llegaron muchos, i vn Sopena con muchos flechazos, que por hacerse muerto escapò. A este Templo llamaron de la Victoria, i despues Nuestra Señora de los Remedios. Entendiòse, que los Indios hicieran maior daño, sino se ocupàran en robar los muertos: i los Principales, en llorar à los Hijos de Moteçuma, que tambien hallaron muertos en el camino. Repo-

Juan Tirado. en memoria del apretura en que se viò en Mexico; hiço la Hermita de S. Acacio

Cortès se hace fuerte en vn Templo, porque está en vn sitio alto.

Tac.

Está en vn sitio alto. Et tunc in usum prelorum se posuit, velu tela, atque arma bello referuntur. Tac.

Tac.

Los Castellanos parten la buelta de Tlascala, dexando muchos fuegos encendidos.

Pelean los Indios con los Castellanos.

Está en vn sitio alto. Et tunc in usum prelorum se posuit, velu tela, atque arma bello referuntur. Tac.

faron los Castellanos en este Templo, i à la Noche hicieron lumbré, con mas de quatro carretadas de las Varas, i Flechas, que havian tirado, combatiendo el Templo; i pasada media Noche, determinò de partir la buelta de Tlascala, con menos de quatrocientos Castellanos, i seiscientos Indios Amigos, i veinte i tres Caballos. Hiço ocho Capitanes, diò la Vanguarda à Diego de Ordàs, i él tomò la Retaguarda: puso los heridos en medio, con nuevo sentimiento de su desgracia: mandò, que nadie saliese de la orden, partiò à la sorda, guiando vn Tlascalteca, à poco mas, ò menos, porque no sabia bien el camino.

Andada media Legua, fueron sentidos, cargaron los Indios, fueron peleando dos Leguas, hasta otro Templo, con vna buena Torre. Cinco de à caballo toparon vna grande emboscada de Indios, i pensando que era el Exercito, huieron: i reconociendo que eran pocos, bolvieron, juntaronse con los otros, todos cargaban, i peleaban. Reposaron en el Templo, hasta el Dia, que salieron para Tecopatlan, Pueblo grande, por camino fragoso: llamaronle de los Patos, porque havia muchos. La Gente se huiò: ellos reposaron alli dos dias, porque hallaron comida: fueron buscando el Camino de Tlascala, por Tierra mui poblada, recibiendo gran molestia de los Indios, i de la hambre, porque comian Iervas, i vn Castellano, aquejado de la hambre, abrió à otro muerto, i le comió los higados, i Cortès le mandò ahorcar: i no se hiço, à ruego de muchos. En vna quebrada diò Diego de Ordàs con gran multitud de Indios: reparò algo para ordenarse, pensaron que lo hacian de miedo: vn valiente Castellano tomò vna Vandra à Baraona, dixo: *Santiago, i à ellos, i sigame quien pudiere:* todos le siguieron, porque ià estaban tan vsados à pelear, que sin miedo ponian sus cuerpos à los flechazos: mataron muchos Indios, i los otros huieron, i el paso quedò libre à la Retaguarda. Seguian los Indios por lo llano: i vn Soldado, dicho Hernando Alonso, con hambre, se apartò ocho pasos à comer de vn Cereças, Alonso de Avila le tirò vna Lança, hirióle en vn brazo, de que quedò manco: i este castigo fue necesario para la conservacion de todos, porque en desmandandose el Soldado, le cogian, i le sacrificaban. La hambre apretaba, no ha-

via que comer, sino Acederas, Cereças, i Cañas de Maiz, que era pestilencia: i la lastima era de los enfermos. Tuvieron la Noche en vn Lugar pequeño: i porque mataron el Caballo à Martin de Ganboa, peleando bravamente, le cenaron de buena gana, hallandose Cortès al repartimiento, i la cabeza cupo à siete, ò ocho, que hicieron fiesta con ella: i aqui llegaron quatro Castellanos, que en los Cereços, que hai muchos por el Camino, se havian quedado, fatigados de la hambre, la qual sufrian los Tlascaltecas, con singular valor; cuias lastimas, en los peligros, eran notables: pedian en esta retirada el ayuda de Dios, hechandose en el suelo, mordiendo la Tierra, arrancando Iervas, i alçando los ojos al Cielo, decian: *Dioses, no nos desampareis en este peligro, pues temis poder sobre todos los Hombres, haced, que con vuestra ayuda salgamos de él.*

Cenà los Castellanos el Caballo de Martin de Ganboa.

*CAP. XIII. De la Batalla, que los Castellanos vencieron en la Campaña de Otumbà: i el Recibimiento, que se les hiço en Tlascala.*



ALIÒ el Exercito del Lugarejo, otro Dia de mañana, siguiendo los Indios, irabiosamente, metiendose por las Lanças, i las Espadas. En llegando à vn gran llano, vn Indio, de gran cuerpo, mui galàn, i empenachado, con Rodela, i Macana, desafiò, vno por vno, à los Castellanos: salió à él Alonso de Ojeda, i tras él Juan Cortès, Esclavo Negro del Capitan General: no esperò el Indio, ò porque fueron dos, ò porque los quiso llevar à alguna emboscada. Yà que havian en Mexico sacrificado à los Castellanos, salieron infinitos, mui bien armados, i adereçados: i juntandose mas de docientos mil, en los Campos de Otumbà, adonde en esta ocasion se hallaban los Castellanos, los fueron à acometer, con mucho estruendo de sus Musicas, i espantable voceria: i como iban vestidos de blanco, parecia el Campo nevado. Esta vez se tuvieron los Castellanos por acabados, i los mas animosos lo confesaron.

Docientos mil Indios se juntan en los Campos de Otumbà.

Jun.

Atque aguites po  
sunt cum  
curribus  
ordine pri  
mo, ac pe  
ditum à  
tergo flo  
remque.  
Et roborat  
belli.  
Illiad.

Si sapien  
ter dispo  
nitur plu  
rimam iu  
vat: si  
imperiè  
quamvis  
oprimi bel  
latores,  
mala dis  
positio  
fragitur.  
Veg.

Per raro  
nimis bo  
num im  
peratorem  
signis col  
latis decer  
tare, nisi  
summa ne  
cessitate,  
aut sum  
ma ei oc  
casio data  
esset. Sem  
pron.  
apud A  
gel.

Militariè  
antè plu  
rima for  
tunè egen  
tem.  
Victoria  
de los  
Castella  
nos.

Juntos Cortès, higoles vn Raçona  
miento, encargandoles lo que debian en  
aquella ocasion mostrar, que eran Chris  
tianos, que peleaban contra Infeles,  
asegurandolos del favor de Dios: orde  
nolos, aperciolos, puso los Caballos  
en su lugar, i à los de quien mas con  
fisaba, à los puestos convenientes: i man  
dò, que quando fuese menester retirar  
se, cada vno llevase acuestas vn enfer  
mo, ò herido: i rodeando à los Esqua  
drones Barbaros à los Christianos, se co  
mençò la Batalla cruelmente, porque  
sin miedo de la muerte, entraban los  
Indios à ponerse à braços con los Cas  
tellanos: andaba Cortès con la mano he  
rida, i la cabeça entrapajada, de vna  
pedrada, que le havian dado en ella,  
acudiendo à todas partes, i peleando  
valerosamente, hirieronle su Caballo en  
la boca: i haviendole dexado para to  
mar otro, se soltó, i à coces, i à bo  
cados peleaba, i hacia mucho daño  
en los Indios: recogieronle dos Cas  
tellanos, porque no le flechafen, aun  
que en las ancas, i pescueço llevaba  
hartas heridas. Apretaban tanto los In  
dios, que los Caballos, no pudiendo  
mas, se acogian à los Infantes, i remo  
linados, peleaban, conociendo su per  
dicion, aunque los Capitanes excelente  
mente hacian su deber: i Hernando Cor  
tès, con diligencia, i prudencia, acu  
dia à todas partes, disponiendo lo ne  
cesario, i ordenandolo: viò, que esta  
ba en vnas Andas vn Caballero, mandan  
do, ricamente vestido, i empenacha  
do, con vna Rodela dorada, i que la  
Vandera, i señal Real, que le salia de  
las espaldas, era vna Red de Oro, que  
subia diez pal nos, i que estaban junto à  
el infinitos, mui lucidos, ricamente  
vestidos. Determinò de ponerse en pe  
ligro, i acometer à este: metiòse por  
entre los Indios, siguiòle Juan de Sa  
lamanca, en vna legua overa: iba hirien  
do con la Langa, derrocando con los  
estriuos à los que encontraba: llegó à  
el, hiriòle, i derribòle: apeòse Juan de  
Salamanca, cortòle la cabeça, quitòle  
la Vandera; lo qual fue de tanto pro  
vecho, que luego los Indios, viendo  
caída la Vandera, se començaron à re  
tirar, i los Principales llevaron, con  
gran llanto, el cuerpo de su General:  
i no fue esta la menor buena fortuna,  
de quantas Hernando Cortès tuvo en su  
vida. Siguieron los Castellanos la Victo  
ria: mataron, segun se pudo entender,  
veinte mil. En esta Batalla despojaron

muchas riqueças, la qual fue memora  
ble, i señalada: i que se tuvo la Victo  
ria, despues de Dios, por el valor de  
Cortès; i los Plumages, i Divisas que  
se tomaron, repartieron despues los  
Castellanos en Tlascala. Señalòse aqui  
vn Indio, Capitan de Maxiscatcin, que  
se llamó despues D. Antonio Calmecha  
hua, i murió de ciento i treinta Años,  
i diò siempre mui buena raçon de to  
do este hecho, porque fue vno de los  
Principales de esta retirada.  
Los Castellanos, alegres, i victo  
riosos, aunque cansados, i hambrientos,  
fueron à vna gran Casa, que descubrie  
ron en vn llano, sin que ià huviese In  
dios que los fatigasen, sino con voceria,  
que les daban desde las Sierras: estu  
vieron alli aquella Noche, i en aman  
ciendo, salieron buen rato por Tierra  
llana, i en subiendo vn Cerro, hallaron  
vna gran Fuente, de buena Agua, adon  
de pararon, i se refrescaron, porque  
hasta alli siempre havian traido poca,  
i mala. Llegaron à Gualipà, Lugar de  
dos mil Casas, de la Señoria de Tlascala,  
no osando acometer los Indios, sino  
dando gran grito de lo alto de las Sierras.  
Salieron los de este Lugar à reci  
birlos, teniendoles grandissima lastima,  
de lo que havian padecido: lloraban las  
Mugeres de verlos, regalaronlos, i pro  
veyeronlos de lo necesario, con mucho  
amor. Cortès diò gracias à Dios, que  
iendo roto, i huyendo, hallase tanto aco  
gimiento en Infeles: decian, por que  
no les havian creído, pues los dixeron  
siempre, que no se fiasen de Mexica  
nos, que eran Traidores. Aquel Dia, à  
la Tarde, acudieron Maxiscatcin, i  
otro Señor, Governador de Guaxocin  
go, que quando se christianò, se llamó  
Don Juan Xuarez, i otros muchos, i  
tambien Xicotencatl el Moço, aunque  
este iba por cumplimiento. Llevaban  
muchos refrescos de comida: recibiolos  
Cortès con gran alegría, aunque ellos  
se espantaron de verle herido, i casi à  
toda la Gente, i tan destrozada: i ma  
ravillado Maxiscatcin, le habló con mu  
cha elegancia, diciendo, que pues tenia  
valor para contra todo el Imperio Mexica  
no, que alguna Traicion havia sucedido.  
Consolòle, dixole, que se alegrase, que  
con la vida podria vengar aquella injuria,  
pues estaba entre los Tlascaltocas, sus ver  
daderos Amigos, que le ofrecia le aiuda  
rian con todas sus fuerzas. Todos aque  
llos Señores le ofrecieron lo mismo.  
Satisfizo mui bien Cortès à todos, agrar  
de

Los de  
Tlascala  
reciben à  
los Cas  
tellanos.

Los Tlasc  
caltocas  
se espan  
tà de ver  
herido à  
Cortès, i  
tan des  
trozados  
à los Cas  
tellanos.

Los Cas  
tellanos  
entran en  
Tlascala,  
i son bien  
recibidos

deciendo su voluntad, sacò el Estandar  
te, i Armas del General Mexicano: pu  
sòlo por su mano, diò à los otros mu  
chos despojos, havidos en la Batalla de  
Otumbà; tambien los Capitanes, i Sol  
dados, imitando à Cortès, dieron infinitos  
de los despojos, que llevaban de la  
Batalla, con que holgaron mucho, por  
ser Trofeos Mexicanos. Aqui entendió  
Cortès, que havia doce dias, que ha  
vian salido Juan Yuste, i Morla, con 30  
Castellanos, de Gualipà, con la Recama  
ra de Cortès, caminando à Mexico; i  
que aunque pelearon bien, los mataron  
las Guarniciones Mexicanas, con vn Hi  
jo de Maxiscatcin, que embiaba en su  
compañia, aunque ellos, defendiendose  
bien, mataron mucha Gente; i fue asi,  
que despues pareció escrito en vna cor  
teça de vn Arbol: Por aqui pasó el desdi  
chado Juan Yuste, con sus desahicados Com  
pañeros, con tanta hambre, que por pocas  
Tortillas de Matz, diò vno vna barra de Oro,  
que pesaba ochocientos ducados. Fueron lue  
go à Tlascala, i segun la mucha pobla  
cion, parecia hormiguero la Gente que  
salia à los caminos à ver los Castellanos.  
Salìo à recibir à Cortès la Señoria, con  
mas de docientos mil Hombres en or  
den: iban las Mugeres, i Niños en la de  
lantera, i en viendo à los Castellanos,  
lloraban, maldiciendo à los Traidores  
Mexicanos. Llegaron los Ciudadanos,  
que los recibieron con mucho amor: to  
maron à Cortès en medio los Señores de  
las quatro Cabeceras: era grande la mu  
fica à la entrada de la Ciudad: apofen  
taronle en Casa de Maxiscatcin, diòle  
bien de comer: i en el Patio se hiço  
luego vna gran fiesta, i baile: i tambien  
acomodaron bien toda la Gente.

CAP. XIV. Que la maior par  
te de los Castellanos requirieron à  
Hernando Cortès, que se fuese à la  
Costa de la Mar: i la Embaxada  
de los Mexicanos, à los  
Tlascaltocas.



ALLò Cortès en  
Tlascala al Capitan  
Juan Paez, que ha  
via dexado alli, con  
ochenta Castellanos:  
i holgò de saber, que  
le huviesen tratado  
bien; certificòle,  
que era su verdadero Amigo Maxiscat

zin, i que Xicotencatl el Moço le que  
ria mal: i quando supo que Maxiscatcin  
havia ofrecido à Juan Paez cien mil  
Hombres, para que con los ochenta  
Castellanos fuesen à socorrer à Cortès,  
considerando el aiuda, que le huviera  
dado aquel socorro, aunque Juan Paez  
se escusaba, con que havia guardado la  
orden que se le diò, i que la esperaba,  
i que le conocia por severo Capitan,  
le tratò mal, i afrentò de palabra, lla  
mandole cobarde, indigno de el grado  
de Capitan, i que merecia que le ahor  
case; porque los Capitanes de valor,  
en semejantes peligras, no han de te  
nerse à la cartilla de la orden, sino acu  
dir à la maior necesidad. Era Ojeda  
quien mas amistad tenia con los Tlasc  
caltocas, i el que proveia de las Al  
deas de comida. Decianle algunos: A  
què venistes, à comernos nuestra Haci  
enda? anda, que bolviséis destrozados de  
Mexico, bechados como viles Mugeres, i  
otras cosas à este proposito. Respondia  
les buenas raçones, con que los acalla  
ba. Sintiólo mucho Cortès, aunque dis  
simulò; i porque entendió, que era au  
tor de ello Xicotencatl el Moço, diò  
parte à Maxiscatcin, que decia, que  
mientras el viviese, nadie se le atre  
veria, i con todo eso vivia con recato:  
pasmòsele la cabeça de la herida,  
diòle gran calentura, estuvo mui peli  
groso; pero quiso Dios, que con la  
buena cura sanò. Entretanto que durò  
su enfermedad, como aquellos pocos  
Castellanos havian padecido tanto, i  
oian algunas cosas à los Indios, como  
las que havia referido Ojeda, murmu  
raban, con deseo de bolverse à la Cos  
ta de la Mar, i decian, que las traças  
que daba Cortès para bolver à Mexico,  
era para acabarlos, i engordarlos, para  
ser sacrificados, i comidos, como  
los Indios lo trataban; i haviendo po  
cos contra esta opinion, la maior par  
te, con vn Escrivano, le hicieron vn  
requerimiento, para que se fuese à la  
Vera-Cruz, escusando los peligras que  
se le aparejaban, protestando los daños  
que no que podian suceder. Respondió Cor  
tès con mucha gravedad, i blandura.  
Primero alabò sus hechos, traxoles à  
la memoria las Victorias que havian te  
nido, i el antiguo valor de la Nacion  
Castellana, reprehendiò su poco ani  
mo; porque hallandose en estado, que  
ià el Mundo estaba lleno de sus haça  
ñas, se retirasen, de que les havia de  
resultar gran verguença. Ofrecióles  
gran

Hernando  
Cortès re  
prehende  
al Capitan  
Juan  
Paez.

Injurias  
de algu  
nos Tlasc  
caltocas.  
à los Cas  
tellanos,  
i Cortès  
las dissi  
mula.

Los Cas  
tellanos  
requieren  
à Cortès,  
que no  
que empra  
da la Guer  
ra de Me  
xico.

grandes riquezas, buena dicha, i prosperidad: asegúrdles del temor que tenían de los Tlascaltecas, dixo, que quería probar su amistad, con hacer Guerra à los de Tepeaca, que los dias pasados havian muerto muchos Castellanos. Acórdoles, que en quanto les havia dicho, le hallaron verdadero, i que havia cumplido quanto les prometió: i que no sucediendo bien lo de Tepeaca, les ofrecia de buscar ocasion, como con reputacion se retirasen à la Vera-Cruz, con lo qual se fosegaron por entonces; aunque sobre el punto de fiarse de los de Tlascala, tuvo diversas platicas, i consejos con los Capitanes mas principales: porque vnos afirmaban, que no se podian asegurar de ellos: i que si llevaban pocos, la Guerra no se podia hacer: i si mucho numero, iban en peligro. Otros decian, que era notoria la enemistad de aquellas Naciones, i los provechos que los Tlascaltecas facaban de la Guerra contra los Cullas, por lo qual no havia que dudar de su fe; i havendolo bien considerado Hernando Cortès, i hecho algunas averiguaciones sobre esto, se atuvo à este consejo, con el qual le pareció, que su buena fortuna no le havia de defamparar en esta tan importante Empresa, i que en todo le havia de favorecer.

*In cavendum semper providis Ducibus, exemplaque vetera pro documentis habenda, ne ira externis, credant auxilijs, ut non plus suis roboris, suarumque propriè viri in castris habeant.*

*Centum doctum hominum consilia sola hec devinit Dea. Plaut.*

Los Mexicanos embiaron Embaxadorre à Tlascala.

Los Mexicanos, hechos sus sacrificios, i dadas gracias à sus Dioses, por haverles librado de los Huespedes, reparada la Ciudad, sabiendo quan bien recibidos havian sido los Castellanos en Tlascala, determinaron de embiar seis principales Embaxadores à los Tlascaltecas, con vn Presente de Mantas, Pluma, i Sal, que eran las cosas de que mas carecian; i avisando como iban, los salieron à recibir, como en tal caso usaban: i estando junta la Señoria, para oírlos, ofreció el Presente, hablando el mas antiguo: dixeron, que ya sabian las Guerras antiguas, que havia entre ellos; i que siendo Parientes, de una misma Lengua, i Lei, era bien que se pudiese fin en ellas, i que goçasen de las cosas que abundaba el Imperio Mexicano, i ellos carecian: aliende otros bienes, que se les aparejaban con la paz; i que para que aquello tuviese efecto, convenia que sacrificasen aquellos pocos Christianos, con los quales sus Dioses, por muchas causas, estaban enojados; i que los mismos insultos harian con ellos, si no miraban por sí: i que satisficiesen à los Dioses, i se confederasen con los Mexicanos, i verian el

bien, que de ello resultaria. Recibieronse los Presentes, i dixeron, que mirarian en ello. Salidos los Embaxadores, se platicó en el negocio. Xicotencatl, i otros, persuadian la confederacion, afirmando ser mejor conservarse en sus antiguas costumbres con los de su Nacion, que aprender las nuevas de Gente Estrangera indomita, i que querian en todo mandar; i defendiendo Maxiscatzin à los Castellanos, aconsejaba su amistad, persuadia la fe, i honra, que se debia à los Huespedes: ensalzaba su valor, i mediante él, prometia las mismas comodidades, que ofrecian los Mexicanos: i sobre todo decia, que no se debia perder el amistad de los Castellanos, pues que mediante ella podian estar seguros, que dilatarian el Imperio de aquella Republica, de lo qual no podian asegurarse de los Mexicanos, cuya ambicion, i perfidia estaba bien conocida; demàs, de que hechados los Castellanos, no havia que dudar de que serian maiores enemigos suyos, que antes, si quierà por haverlos recibido en Tlascala. Porfiaba Xicotencatl, en que se admitiesen los Mexicanos, alegando, que los Castellanos eran malos; i contradiciendose los vnos à los otros, llegaron à tanto, que Maxiscatzin dió à Xicotencatl vn empujon, por refrenar su arrogancia, con que le hechó por vnas gradas, diciendole, que era malo; i Traidor à su Patria: i sin tener los Mexicanos otra respuesta, se bolvieron, con relacion de lo que pasaba. Hernando Cortès, que fue luego de todo avisado, dió à Maxiscatzin las gracias, ofreciendole, que procuraria de facarle verdadero, en quanto por él havia prometido à la Republica.

Xicotencatl favorece en Tlascala la parte Mexicana.

CAP. XV. Que Hernando Cortès hizo Guerra à los de Tepeaca.



XICOTENCATL, creiendo, que lo que havia pasado en la Señoria, llegaria à noticia de Hernando Cortès, le habló, i dixo: Que por infinitas vias havia procurado de ganar honra con él; pero que ya que los Dioses le havian hecho invencible, le suplicaba le tuviese en su gracia, i le ofrecia su Persona, i que hiciese

Xicotencatl habla à Cortès.

Cortès piensa antes de comenzar la guerra, de ver los confederados de Mexico, i se va apercibiendo.

Primo est parare bellum, quàm exercere. Quint.

Embianse Mensajeros à los Mexicanos.

experiencia de ello, en hacer la Guerra à los de Tepeaca, Acacingo, i Quechula, pues que le havian ofendido, contraviniendo al amistad, que con él havian hecho, i à la fe dada, pasando à los Cullas, i matando à los Castellanos que pasaban por su Tierra: aliende de que para hacer la Guerra de Mexico, que havia pensado, convenia dividir primero sus Confederados, i comenzar por Tepeaca. Abracóle Cortès, agradeciendole su voluntad: ofrecióle de trabajar de tal manera en servicio de la Republica, que presto se viese vengada de sus Enemigos. Eran ya pasados cinquenta dias, que Hernando Cortès havia entrado en Tlascala, despues de la retirada de Mexico, i cada dia le sollicitaba Xicotencatl, diciendo, que tenia apercibida la Gente, para quando la quisiese; i aunque Hernando Cortès tenia mas necesidad de curarse, que de entrar en nuevos trabajos tan presto, por no perder tal ocasion, sabido que los Tepanecas, i las Guarniciones Mexicanas, que estaban con ellos, havian tomado todos los pasos de la Mar, embiò Mensajeros à Tepeaca, i à los otros Pueblos, rogandoles, que se apartasen del amistad de los Mexicanos, i tomasen la de los Tlascaltecas, i los perdonaria la ofensa que le havian hecho, con haver faltado à la fe que le tenian dada, de ser su Amigo, quando pasó por Tlascala. Poco caso hicieron de el ofrecimiento de Cortès; antes, burlandose de él, se resolvieron en no apartarse de los Mexicanos; dió de ello cuenta à la Señoria de Tlascala: i como esta Nacion era enemiga de los Tepanecas, i naturalmente inclinada à la Guerra, i deseaba contentar à Cortès, que de su parte tenia à todos los Principales, porque los sabia regalar, i honrar, i desde Mexico los embiò muchos Presentes, de las cosas que ellos mas estimaban, juzgando tambien, que de esta Guerra havia de resultar mucha grandeza à su Dominio, le ofrecieron de ayudarle con cinquenta mil Soldados.

Illud est non modo infu, sed etiam necessarium cum vivis illata defenditur. Cic.

Hernando Cortès, viendo que las cosas se iban disponiendo à su gusto, i que no solo era justo, pero necesario, castigar con fuerza la violencia hecha de los Tepanecas, que se aparejaban para hacerle Guerra, entendió en apercibirse para la Jornada; i sobre todo, quiso primero dár cuenta al Rei de lo que hasta alli havia sucedido, porque desde que partiò de la Villa Rica, pa-

ra Mexico, no lo havia hecho. Escribióle, quanto le sucedió de la Villa Rica à Tlascala; las Victorias que tuvo contra esta Republica: la confederacion hecha con ella, i con las demás, i lo bien que aquella Nacion acudia à su servicio: lo sucedido en Chulula: el Viage de Mexico, i la desdichada salida de aquella Ciudad: el proposito que tenia de conquistarla, i como queria comenzar por la Guerra de Tepeaca: Traid de la prision de Motecuma, de su muerte, de la pérdida de el Tesoro, de los Libros de la Real Hacienda, i otras Escrituras, i Memorales: i que de todo havia sido causa el mal gobierno de Panfilo de Narvaez, que no quiso acomodarse con ningun medio, à quien tenia preso en la Vera-Cruz: pedia Gente, i Caballos, porque estos eran el principal nervo de aquella Guerra: i decia, que valia cada vno docientas mil maravedis: prometia de sujetar à la Corona Real de Castilla, aquel grandísimo Imperio Mexicano, con poca ayuda que se le diese, sin costa del Hacienda Real, pues ofrecia de pagar los Caballos, Armas, Municiones, i quanto se le embiasse: suplicaba, que hiciese alguna Merced à Geronimo de Aguilar, la Lengua, de quien se havia sacado, i sacaba grandísimo provecho. Con esta Relacion, i con treinta mil Pesos de Oro, de los quintos, i de servicio, despachò à Alonso de Mendoza; i en esta conformidad escribieron al Rei los Alcaldes, i Regidores de la Villa Rica, que siempre andaban con Cortès.

Los de Tepeaca, como no estaban mas de ocho Leguas de Tlascala, sabian lo que se apercibia contra ellos, i tambien se aderecaban para la Guerra: i por no pasar sin tocar en el caso de los Castellanos muertos. Con las nuevas que por las Islas corrian, de la Riqueza de Nueva-España, havian llegado algunos à la Vera-Cruz, i recogiendo hasta cinquenta, ò sesenta, se encaminaron à Mexico, por Tepeaca, en tiempo que Hernando Cortès, retirado, llegaba à Tlascala; i como ya se havia publicado la Guerra, que en Mexico se hacia à los Castellanos, los de Tepeaca acordaron de matarlos, con su Capitan, que se llamaba Coronado: i lo mismo hicieron de otros, en otras partes, creiendo que los Castellanos de Mexico, de aquella vez, quedarian acabados: lo qual publicaban los Mexicanos en todas partes. Saliò, pues, de Tlascala Hernando Cortès, con sus Castellanos, i seis mil Flecheros, entretanto

Hernando Cortès dà cuenta al Rei de lo que le ha sucedido.

Los de Tepeaca mataron à 50, ò 60 Castellanos.